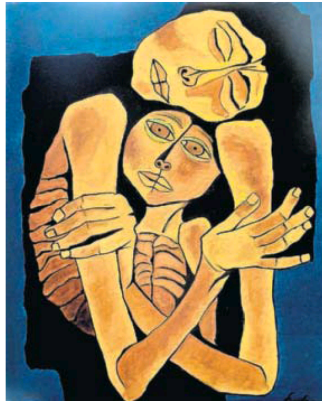


NARRATIVA

## Mujeres marcadas

La salvadoreña Claudia Hernández, que formó parte de Bogotá 39, narra en *Roza tumba quema* la odisea de una madre en busca de la hija que perdió durante la guerra



Ternura (1989), pintura de Oswaldo Guayasamín.

POR MARTA SANZ

La portada de *Roza tumba quema*, segunda novela de la salvadoreña Claudia Hernández, es una reproducción de *Ternura*, obra del ecuatoriano Oswaldo Guayasamín: una mujer con los ojos cerrados abraza, protege, a una niña con los ojos abiertos, tal vez su hija. Guayasamín retrató las venas abiertas de América Latina y Claudia Hernández perpetúa esa tradición en este relato de tres generaciones de mujeres, marcadas por la guerra, la actividad de las combatientes en la guerrilla y la necesidad de sobrevivir en el proceso de reconstrucción de un país. El país es El Salvador: la guerrilla, el Frente Nacional de Liberación Farabundo Martí —reconvertido en partido político—, la guerra se prolongó entre 1980 y 1992, la reconstrucción aún está en marcha.

en sus dos acepciones en esta historia sobre la dificultad de la reconstrucción tras el trauma de la guerra; las cicatrices de cuerpo y mente; olvido y memoria; los cuidados; sobre el papel de esas mujeres que luchan por los suyos —por las suyas— cuando, más allá de la Historia con mayúscula —inseparable de las pieles laceradas y del desencanto—, solo importan los afectos. El dolor por la pérdida de una hija robada, con un nuevo nombre espurio, se extrapola a la pérdida de todos los nombres: el lenguaje se hipertrofia —la abuela de la hija más pequeña, la amiga de la amiga excombatiente— y se opera con una estrategia narrativa de desrealización: el relato de la infancia de la excombatiente, madre de cinco hijas, se asemeja a esos cuentos infantiles de prueba, superación, castigo o recompensa, con madres que ponen a sus caperucitas en peligro.

Tanto la hipertrofia de ese lenguaje que necesita la continua autorreferencia para hallar sentido más allá del mundo caótico —burocracia ridícula, dificultad para obtener lo básico—, como la idea borrosa de país, responden a la lógica del secreto, la ocultación y el seudónimo, en un momento en el que pronunciar un nombre —delatar— era un tabú y, a la vez, las familias desmembradas buscan sus referentes, su diseminado ADN, los vínculos que no han podido estrecharse o se han truncado a causa de la guerra.

En este proceso las mujeres, que paren y crían, tienen las de perder. El parecido físico deja un camino de miguitas de pan en ese universo caótico de hijas no reconocidas por sus padres, viudas sucesivas, ausencia de refrendo legal, herencias fantasmagóricas. La manera de contar incide en la vivencia del caos: se cuenta lo que pudo haber sido y después abruptamente se cuenta lo que de verdad fue; la simbiosis lenguaje-mundo culmina cuando la tercera persona de la narración emplea el condicional y las hipótesis para explicar acontecimientos reales.

Se dice que los jóvenes ya no llaman a la gente “compañera” y en ese re-bautismo se clausura una pesadilla para transformarla en pasado. En la voz de *Roza tumba quema* se detecta respeto por los procedimientos guerrilleros contra el latrocinio, pero no hay nostalgia: tan solo la constatación de que después del episodio bélico y de las experiencias de esas mujeres que, pese a llevar pistolas, eran perseguidas y violentadas, después de aquello, la herida no se ha cerrado y queda la tierra sembrada de fusiles. El cuerpo de las mujeres y las hijas robadas, deprimidas, funcionan como metáfora de un país que perdió la guerra. Porque todas las guerras, sobre todo las civiles, se pierden y, así, se llena de significado la ausencia de nombres —la vocación de universalidad— del estilo de Hernández. Pese a todo, aún podemos confiar en los afectos: “Cuando diera a luz una niña, la llamaría con el nombre que debió haber llevado la primogénita de su madre”. Lean atentamente esta historia para comprender en su plenitud estas últimas palabras.

**Roza tumba quema**

Claudia Hernández  
Sexto Piso, 2018  
272 páginas. 19,90 euros

NARRATIVA

## País disparatado, novela generacional

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

Rafael Reig apostó desde el principio por la eficacia comunicativa del posmodernismo narrativo, que podía operar en el lector creándole esa mala conciencia que siempre produce leer un género muy codificado, como el policíaco o el de antelación (*Sangre a borbotones*, 2002) con otra mirada. Luego vinieron novelas como *Guapa de cara* (2004), en parecida línea a la anterior, una narración en primera persona encarnada en la voz de un muerto. Ahora se publica *Para morir iguales* y Rafael Reig no ha desistido de mezclar ese sentido lúdico con el que impregna su literatura con el sentido del desenmascaramiento moral de la España contemporánea. *Para morir iguales* está planteada como un libro de formación: un angustioso y vertiginoso relato de aventuras existenciales y sentimentales en busca no tanto de un lugar en el mundo como un lugar seguro y definitivo en sí mismo. En el fondo



esa es la esencia de la literatura de formación, desde el *Wilhelm Meister*, de Goethe, hasta *El guardián entre el centeno*, de Salinger. Pero Rafael Reig también ha introducido en su novela dos variables más: la figura del picaro y la del arribista. Tenemos pues también el modelo revisado de las novelas de niños pobres de Dickens y la del héroe stendhaliano de *Rojo y negro*. Tampoco es ajeno a esta estructura la influencia de la novela de Sánchez Mazas *La vida nueva de Pedrito de Andía*, certificada por el nombre del narrador-protagonista. Pero en *Para morir iguales* los años no solo pasan para sus personajes, también para España, la de los sesenta, la de la Transición y casi la actual, con lo cual esta novela es también un relato generacional. Las novelas generacionales ofrecen una dificultad: hablan de un periodo en el cual el lector está implicado, por lo que solo tienen sentido si ofrecen una perspectiva en la que tú no has reparado. Solo la lucidez del novelista puede ofrecer un ángulo inédito a la experiencia personal del lector. *Para morir iguales* logra este cometido con creces. Rafael Reig ha escrito una novela soberbia. Con personajes dignos de quedar en la galería de los más entrañables, disparatados y desconcertantes de la narrativa española de los últimos años. Ojalá hubiera en el mundo gente como Pedrito, Mercedes o el gran Carlón. Por suerte, en la ficción ya existen.

**Para morir iguales**

Rafael Reig  
Tusquets, 2018  
352 páginas. 19 euros

# COMPRA-VENTA DE LIBROS Y BIBLIOTECAS

Compramos Libros y Bibliotecas a Domicilio  
Envíos Nacionales e Internacionales



**Libros  
Alcaná**

www.librosalcaná.com  
info@librosalcaná.com

☎ 91.220.42.63  
📞 629.24.05.23  
📞 617.33.59.88